



HIMNO A LOS PATRONOS DE ALGUAZAS

*Alguazas os proclama, de rodillas,
Onofre y Antonio, sus Santos Patronos.
Brotan de los labios plegarias sencillas,
flores en las almas y llanto en los ojos.*

*Onofre, guiado por la luz de Dios,
mora en el desierto, sus riquezas deja.
Bajo la palmera vive en oración,
al pie de la gruta, la fuente y la abeja.*

*Y, en aquel silencio de sol y de arena,
a Dios hizo entrega de su corazón.
¡Onofre bendito! Que tu vida, llena
de virtud, nos guíe al Reino de Dios.*

ESTRIBILLO

*¡Antorcha de Padua, Antonio ferviente,
lirio de pureza, manantial de amor!
¡Déjanos tu Niño en Alguazas siempre,
que mire y bendiga los huertos en flor!*

*¡Háblanos, Antonio, con igual dulzura
con que al hombre hablaste, con la misma voz!
Y siembra en Alguazas la paz, la ternura,
la gracia infinita de Nuestro Señor.*

S. Sandoval López

ral y lastimosa llaga: preguntóles simple y sencillamente si persistían en la resolución de no sacrificar á los dioses; aturdióles mucho mas la generosa, firme y determinada respuesta que le dieron; por algun tiempo se quedó como embargado y suspenso; y no pudiendo sufrir ya delante de sus mismos ojos una prueba tan ilustre como concluyente de la falsedad de sus quiméricas fabulosas divinidades, ni un testimonio tan ilustre de la divinidad de Jesucristo, y de la excelencia de la religion cristiana, pronunció sentencia de que les cortasen la cabeza, y sus cuerpos fuesen arrojados en un camino público; lo que se ejecutó inmediatamente, recibiendo la corona del martirio los cuatro nobles campeones el día 11 de junio hácia el año de 309.

Cuidaron los Cristianos de la ciudad de recoger los santos cuerpos, á quienes habian respetado las aves y las fieras, y los enterraron en la via Aureliana, erigiéndose despues una capilla en el lugar de su sepultura.

Con el tiempo san Crodegang, obispo de Metz, pidió y obtuvo del papa Paulo I las reliquias de los santos Nabor y Nazario, junto con las de san Gorgonio, tambien mártir, las cuales hizo traer á Francia el año de 766; y saliéndolas á recibir con religiosa pompa y devota magnificencia, colocó las de san Gorgonio en la célebre abadía de Gorza; las de san Nabor en la iglesia del monasterio de San Hilario, y las de san Nazario en la del de Lauresham, ó de Lorch.

SAN ONOFRE, ANACORETA.

Entre las vidas de los Santos, algunas hay de ermitaños y perfectísimos anacoretas, los cuales moraron muchos años en los desiertos, y siendo hombres como nosotros, vivieron tan ásperamente, que suspende el entendimiento, considerando lo que puede nuestra frágil carne, confortada con el favor de aquel Señor que escoge y se sirve de las cosas flacas, por mostrar mas su poder. Tal es la vida de san Onofre, anacoreta, la cual escribió un santo monje llamado Pafnucio, y es de la manera siguiente:

Estando Pafnucio en el yermo, inspirado del Señor, le vinieron deseos de conocer y tratar los varones santos que habia en aquellos desiertos; y despues de haber caminado algunos dias y vencido grandes dificultades de cansancio, hambre y sed, vió venir de léjos un hombre desnudo, cubierto de cerdas, al modo de una espantosa fiera, y ceñido con una cinta hecha de hojas de árboles. Asombróse Pafnucio; y viendo que se dirigia á él, desfavorido huyó, y se subió

á un monte; y el hombre desnudo le siguió hasta la falda del monte, y se dejó caer en tierra, y alzando como pudo la voz, le habló de esta manera: *Varon santo, descende; que hombre soy mortal que vivo en este desierto.* Oyendo estas palabras, luego bajó Pafnucio; y se echó á sus piés, y él lo hizo levantar, y sentar junto á sí. Preguntóle por su nombre Pafnucio; y él respondió que se llamaba Onofre, y que habia sesenta años que vivia en aquella soledad, y que en todo este tiempo nunca habia visto otro hombre sino á él; porque siendo mozo y monje en el monasterio llamado Erico en Tebas (donde habitaban cien monjes, grandessiervos de Dios, y muy unidos en la misma fe y caridad), y habiendo oido decir de la vida que hizo el profeta Elias y san Juan Baulista en el desierto, y que era cosa mas perfecta vivir en soledad, apartado de los hombres, y pendiente de sola la providencia de Dios, que no en la comunidad donde hay tantas ayudas y socorros; se determinó á seguir lo que le decian que era mas perfecto, y tomando algunos pocos panes, que le podian bastar para cuatro dias, salió del monasterio, y entró en el desierto, y vió una luz que iba delante de él guiándole, de que quedó algo turbado, no sabiendo lo que era, ni lo que haria; y que estando en esto, habia oido una voz que le dijo que no temiese, porque era el Ángel de su guarda, que venia á guiarle en aquella jornada, la cual era muy agradable á Dios nuestro Señor. Dijo mas: que animado con aquella voz, y con tan buena compañía, caminó por aquella soledad como siete millas, hasta que llegó á una cueva, y queriendo saber si vivia allí algun solitario, llamó á la puerta, pidiendo que le bendijese el que estaba dentro; y que habia salido de ella un venerable viejo en traje de ermitaño con un rostro de mucha gracia y gravedad, y que cuando le vió, se derribó á sus piés, haciéndole la debida reverencia; mas que el santo viejo le levantó de la mano, diciéndole: *Tú eres, Onofre, mi huésped é imitador: entra, hijo, y persevera en lo que has comenzado, que Dios te ayudará;* y que habia entrado en la cueva, y estado en compañía del viejo algunos dias, aprendiendo de él la vida é instituto de los ermitaños, y cuando le pareció que ya estaba bien instruido, le dijo que le queria llevar á otra cueva mas apartada en que habitase solo, porque esta era la voluntad de Dios; y así le llevó mas adentro del desierto, cuatro dias de camino, donde hallando una palma cerca de una pobre choza, le dijo que aquel era el lugar que Dios le tenia aparejado; y que estuvo treinta años en él, y cada año se veian una vez, hasta que murió, y enterró su cuerpo allí junto á la choza en que vivia. Todo esto dijo el santo viejo Onofre á Pafnucio

con particular instinto del Señor, para su edificación, y de otros que de él lo oyesen, y porque sabia el fin para que Dios le habia traído á aquella soledad. Admirado Pafnucio de la narracion de Onofre, le preguntó: si en los principios, cuando comenzó aquella vida, habia padecido grandes molestias y dificultades; y él le respondió que habían sido tantas y tan terribles, que muchas veces habia pensado perecer de hambre, y de sed, y de frio, y de calor; pero que viendo Nuestro Señor su paciencia, y sus ayunos y penitencia, le habia enviado despues su santo Ángel, que le traía el sustento cotidiano y un poco de agua; y que tambien aquella palma le daba al año doce racimos de dátiles, uno para cada mes; los cuales y algunas yerbas que comia, le parecian mas sabrosos y mas dulces que la miel. Todo esto trataron los santos monjes al pié del monte donde se encontraron, y Pafnucio estaba contentísimo y olvidado del trabajo que habia tenido en aquel camino, por haber hallado á tan santo varon. Levantóse el santo viejo, y dijole que se fuese con él. Llevóle á su choza ó cueva, donde estaba la palma, y vieron en medio de ella pan y agua. Dieron gracias á Dios, y comieron siendo ya puesto el sol, y pasaron la noche en oracion, apartado el uno del otro. Amaneció el dia siguiente, y mirando Pafnucio el rostro de Onofre, le vió muy trocado de color, y turbóse. Notó esto el santo viejo, y dijole: *Hermano Pafnucio, no temas; porque el Señor, que es misericordioso, te ha enviado aquí para que entierres mi cuerpo; porque hoy acabo mi peregrinacion, y me voy al lugar de mi descanso. Y si fueres á Egipto, da cuenta á los monjes de lo que te he dicho, y de las grandes misericordias que he recibido de Dios; en cuya bondad confio hará muchas mercedes á los que se encomendaren á él, tomándome por intercesor; porque así lo he pedido y suplicado.* Dijole Pafnucio que despues de ser él muerto deseaba quedarse allí para vivir en aquel lugar; mas el santo viejo no vino en ello, diciéndole que no era aquella la voluntad de Dios, sino que se informase de las vidas y ejemplos de los Santos que moraban por aquellos desiertos, y los narrase á los otros monjes de Egipto para edificación; y que así se volviese á su primera habitación. Echóse Pafnucio á los piés del santo viejo Onofre, y pidióle que le bendijese, y que suplicase á Nuestro Señor, que como se le habia dejado ver en la tierra en carne mortal, se le dejase ver inmortal en el cielo. Y despues de haberle dado Onofre su bendicion, se puso de rodillas, é hizo oracion con muchas lágrimas y gemidos, y cayó en tierra su cansado cuerpo, y dió su bienaventurado espíritu con grande alegría á Dios. Oyéronse luego cantares de Angeles

que alababan al Señor. Pafnucio hizo dos partes de su hábito, y con la una cubrió el cuerpo desnudo de Onofre, que tanto habia padecido, y tan buen compañero habia sido á su bendita alma, y púsole en una piedra cavada á manera de cisterna, y muchas piedras á la boca; y deseando quedarse allí, y hacer su vida donde san Onofre habia vivido, vió que en aquel mismo punto se habia caído aquella pobre casilla en que moraba el santo viejo, y arrancado la palma de que comia; y así entendió que no era la voluntad de Dios que allí permaneciese.

La muerte de san Onofre fue en tal dia como hoy, aunque no se sabe de cierto el tiempo que vivió.

SAN JUAN DE SAHAGUN, CONFESOR.

San Juan de Sahagun, uno de los mas brillantes ornamentos del sagrado Orden de los Ermitaños de san Agustin, nació por los años de 1419 en la villa de Sahagun, pueblo considerable por aquellos tiempos, perteneciente al reino de Leon, de donde tomó el sobrenombre, dejando el propio apellido de su familia; al modo que la misma villa tuvo de san Facundo esta denominacion. Sus padres, Juan Gonzalez de Castrillo, y Sancha Martinez, muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, vivian con el desconsuelo de no tener sucesion; y deseosos de obtenerla, recurrieron por medio de reverentes súplicas y fervorosas oraciones al cielo, solicitando su bendicion, é interesando para conseguirla á la santísima Virgen: invocaban su proteccion con reverentes instancias ante una prodigiosa Imágen venerada con mucha devocion en una ermita contigua al pueblo. Oyó el Señor con agrado sus peticiones, concibió Sancha, y dió á luz un modelo de perfeccion; al que se siguieron otros muchos hijos que se dignó concederle la divina piedad.

La docilidad con que Juan desde niño atendia á los laudables consejos de sus padres, la natural propension á la virtud, sus activas inclinaciones á todo género de obra buena, con especialidad á las humillaciones y mortificaciones, y, en fin, la madurez de juicio que mostró en sus tiernos años, hicieron conocer desde luego como Dios le habia elegido para siervo suyo; y así solia decir el padre, que el que viviera, veria á su hijo santo. Todo el pueblo estaba poseido de una extrema admiracion, observándole distraído enteramente aun de los inocentes entretenimientos propios de la primera edad, siem-

CAPÍTULO IV

Los Monumentos.—Los personajes.

■

Lucha de religión más que de raza fué la reconquista, capitanes más que sacerdotes fueron algunos Obispos, y donde no encontraba el reconquistador una mezquita que convertir en iglesia, construía un templo que pudiera servir de fortaleza, ó en la fortaleza dejaba sitio á un altar. La *torre vieja*, monumento el mas antiguo de Alguazas, contuvo tambien su única primera iglesia: capilla pequeña, pero bastante capaz para una población á base de *mores*, en que los únicos cristianos eran el Alcaide y su familia, algunos hombres de armas, y los contados pobladores cristianos, que, recelando siempre de sus convecinos de las otras dos lenguas, hablan hecho casa ó barraca alrededor y muy cerca de la torre. Hubo, pues, iglesia en Alguazas, desde los primeros tiempos; pero no hubo parroquia; pues parece que fué anexo de Alcantarilla hasta el siglo XV, en cuyo año de 1476, la encontramos parroquia regida por el *Venerable Padre Diego Perez*. (1)

El titular de la capilla parece que fué San Onofre, santo patrono del primer Alcaide y que vino á serlo del pueblo; después, cuando la capilla llegó á ser insuficiente por aumento de la población cristiana, hácia 1480, y con la poderosa ayuda de Obispo y Capitulares, que hablan buscado en Alguazas lugar inmune contra la terrible peste bubónica, se construyó la ermita de San Sebastian, santo cuya poderosa intercesión se habia acreditado en aquel contagio, y á quien Maroia, por entonces y agradecida á los mismos beneficios, levantaba otra capilla donde hoy está la iglesia de Jesús. Á ella se fué la parroquia, á ella y á San

(1) El libro de *Bautismos* de la parroquia en Alguazas empieza el 1574, la primera partida es de Teresa—de Pedro Hurtado, y D.ª Francisca Sanchez; la segunda dice: «Alfonso—Yo Diego Martinez, cura propio de la villa de Alguazas, baptizé á Alonso hijo de Francisco Dato y Quiteria Lopez. Fueron sus compadres Salvador Peñalver y Luisa Sanchez, y en fe de lo qual lo firmé.—Diego Martinez.»—En los nueve primeros años hay solamente cuarenta y ocho partidas.—En el libro segundo que empieza en 1585, se hace ya mención de San Onofre, como advocación de la parroquia. (Datos que comunicó el virtuosísimo párroco actual D. Fernando Gallego).

Sebastián fué la corriente veleidosa de la devoción del pueblo, y, por tiempo de una centuria, quedó relegado el antiguo patrono á su capillita del Castillo, rebajada de su dignidad parroquial y reducida á oratorio del Alcaide y su familia.

La ermita de San Sebastián llegó á ser tambien pequeña, y, construida con la poca solidez que consintieron las impaciencias de una gratitud entusiasta, amenazaba ruina irremediable á mediados del siglo XVI; por lo que Obispo, Cabildo y vecindario acordaron la construcción de la iglesia parroquial, hoy existente... ¿A qué Santo dedicarla?... Obispo y Cabildo remitieron la cuestión á los vecinos, y estos fueron llamados á *Concejo abierto*, como se llamaba entonces á la reunión de todo un pueblo ayuntamiento al toque de su campana parroquial. La cosa no parecia ofrecer duda, San Sebastián era el que se hundia, y San Sebastián habia de ser el nuevo templo edificado; la candidatura de este Santo era *adicta y sin oposición*, como diriamos en estos nuestros tiempos de elecciones y de sufragio; pero tambien lo era, y mas universal y mas libre que el de nuestra época, el sufragio aquél del *Concejo abierto*, y en él pidió la palabra un anciano apenas vestido, si podia decirse que lo estaba, y á quien ninguno conoció por de pronto; pero cuyos rasgos de fisonomía para ninguno eran totalmente desconocidos. Y habló para presentar francamente la candidatura del postergado y casi olvidado San Onofre, recordó aquellos primeros tiempos azarosos de la repoblación de Alguazas, aquellos primeros cristianos inertos en la aldea mora y agrupados, como temerosos, en rededor del castillo, tiempos dificiles en que los antepasados de los reunidos en el *Concejo*, no tuvieron otro patrono celestial que aquel San Onofre á quien, abanzados los tiempos, olvidaban ahora en su descuido altar de aquel castillo descuidado tambien, y descendido de las alturas de torre señorial á casucón de labradores. Sonaba la voz de aquel extraño viejo, grave y reposada, recorriendo todas las notas de la escala del sentimiento, desde las de la amargura y el desdén hasta las de la indignación y de la ira, y el pueblo entero le escuchaba, preguntándose unos quién era aquel hombre; tratando de recordar, otros, dónde le habian visto ó á quien se parecia. Habló largo tiempo; hasta que una aclamación general le interrumpió y puso término al discurso.

— ¡Queremos por patrón á San Onofre! ¡Viva San Ono-

trés exclamó el pueblo: la causa estaba ganada por el harapiento defensor. El escribano de Murcia que asistía al Concejo extendió el acta, y buscó por todas partes al viejo orador para preguntarle su nombre; lo buscó pero no lo encontró, y dirigiéndose al párroco:

— Señor Cura, preguntóle, V. que conoce á todos sus feligreses, me quiere decir el nombre de ese viejecito que habla tan bien...

Al repetirlé la pregunta, el párroco que parecía abstraído en profundas meditaciones, volvió en sí y, dándose una palmada en la frente:

— ¡Claro! — exclamó — á quien se parece como yo me parezco á mí mismo, es al San Ooofre que está en el Castillo... ¡Alguaceños! — gritó dirigiéndose al pueblo que empezaba á disgregarse — entre vosotros estaba hace un momento San Ooofre! el viejo era San Ooofre! ¡San Ooofre que quiere seguir siendo vuestro patrono! ¡Viva San Ooofre!

— ¡Viva! — gritaron todos.

Y San Ooofre fué el titular de la parroquia y nuevo templo.

No se hizo, este, de una vez. De tiempos diferentes y lejanos entre sí, son la nave de arcos apuntados, ni gótica, ni mudéjar ni del renacimiento, con artesonados primorosos y pinturas muy medianas; y el crucero de estilo moderno, amplias proporciones, hermoso presbiterio y grandiosa cúpula: construyó el templo Lorenzo Alonso, cuyos planos se conservan en la sacristía. Del mismo tiempo que la nave parece ser la torre, que mide unos 30 m., y que además de una matraca, tiene tres campanas: María del Rosario, que hizo en 1693 el fabriquero D. Pascual Fernanda; María de Jesús Bárbara, puesta en 1777; y la campana mayor, que se debe en parte al celo del cura D. José Ortiz Espinosa, y se puso en 1800. La última obra de la iglesia fué su ampliación, hemos dicho, y no pudo empezar antes de 1793, pues en 14 de Abril de este año, firmó los planos D. Lorenzo Alonso.

Portada tenía y conservó la iglesia con inscripción que dice:

Esta Portada le hizo siendo Obispo d' Cartagena. el III. S. D. Médo d' Benauides: y Beneficiado Cura ppo. y Fabriq. de esta Ig. EL Ld. Fern. Melgar i Cuellar Comis. del s. Oficio de la Inquil. Año 1643